

A man in a dark suit and a fedora hat stands in a street, pointing a handgun directly at the viewer. The scene is bathed in a blue, hazy light, with buildings visible in the background.

Guillermo Galván

**LA VIRGEN DE
LOS HUESOS**

Verano de 1942. Carlos Lombardi se ve obligado por la policía del Nuevo Estado a seguir el rastro de un joven desaparecido. Todavía en libertad provisional, con un inestable trabajo en la agencia de investigación Hermes, el exinspector republicano se enfrenta a un mundo rural para él desconocido en la Castilla profunda; un mundo de silencio y miedo marcado por la cruel represión durante los primeros meses de la reciente guerra civil.

Bajo la lejana tutela de su antiguo inspector jefe Balbino Ulloa y el apoyo a distancia de Alicia Quirós y Andrés Torralba, sus atípicos compañeros de fatigas, Lombardi debe afrontar la prepotencia de los vencedores, el consolidado caciquismo, las corruptelas cotidianas y la actitud huidiza de los vencidos. Hombres que no quieren ni pueden mirar atrás, mujeres que buscan su sitio a contracorriente, gentes que esperan pacientes ver devorada la tierra y la historia de sus antepasados por el agua de un futuro pantano. Un paisaje marcado por campos de concentración y fosas comunes en territorios por todos conocidos que nadie se atreve a transitar.

Índice de contenido

La mano

La tierra hostil

La desmemoria

La liturgia

La lluvia

La verdad

Nota del autor

Sobre el autor

A una generación, a una tierra

*Sin ti el sol cae como un muerto
abandonado.*

(Sin ti)

*la noche bebió vino
y bailó desnuda entre los huesos
de la niebla.*

El ausente

Alejandra Pizarnik

La mano

La descarga ha sobresaltado a los perros, que gruñen inquietos sin atreverse a abandonar el recinto de la tenada. El zagal despierta alarmado, temeroso de que el trueno sea preludio de tormenta, pero un manto de estrellas rodea el brillante trazado del Camino de Santiago y ni una sola nube mancha el cielo nocturno ni el creciente de la luna.

Después llegan ecos sueltos, como garrotazos en el tronco de un pino. Uno tras otro. Siete, ocho, nueve, puede que alguno más, aunque el chiquillo no ha ido a la escuela y sus entendederas apenas le alcanzan hasta la decena. Bastante tiene con calmar la ansiedad de los chuchos, reunidos a su alrededor a la espera de órdenes. Por suerte, las ovejas siguen amorradas, ajenas en su descanso a tan extraño acontecimiento. Tan extraño que los grillos han callado, y algo raro sucede cuando los grillos enmudecen de repente.

A continuación, un largo silencio, tan prolongado que el pastor se pregunta si no habrá sido todo un mal sueño, una pesadilla compartida con sus compañeros de vigilancia. Hasta que dos luces desgarran el difuso horizonte: pequeñas, amarillentas; dos focos que se eclipsan de momento para reaparecer algo más grandes y perderse por fin en la negrura con un lejano ronroneo de motor.

Martes, 18 de agosto de 1942

Carlos Lombardi estira los brazos para desperezarse con el viento seco que llega de la sierra mientras el coche de línea del que acaba de apearse reanuda su viaje hacia el norte por la carretera de Francia. Las nubes dispersas no contribuyen a eliminar el vigor del verano; hace menos calor que en Madrid, pero, aun así, el inclemente sol de mediodía pica con saña. O de lo que debería ser el sol de mediodía, porque desde que Franco ordenó ajustar la hora oficial a la de Berlín, las señales del cielo no parecen muy de acuerdo con lo que cuentan los relojes.

En una fachada de piedra hay un cartel de fondo blanco con el nombre del pueblo, acompañado por un emblema del yugo y las flechas en madera pintada de rojo, como una araña gigantesca que tiene casi la altura del hombre que se recuesta a su lado, junto a un viejo automóvil detenido. Con andares cansinos, el tipo de camisa azul avanza hacia el policía, que recoge del suelo su pequeña maleta y se cuelga la americana del brazo libre para acudir a su encuentro.

A los pocos minutos, acomodado en el asiento posterior, tras un chófer tan rústico como mudo, Lombardi se pregunta qué pinta él en medio de ese universo amarillo de rastros, cortado a cuchillo por una arenosa carretera que se pierde en las suaves curvas de una lejanía tan luminosa que daña la vista. Sabe la respuesta, naturalmente, aunque recela de la conveniencia de haberse embarcado en semejante servicio. En todo caso, no estaba en condiciones de rechazarlo.

Las cosas han cambiado en los últimos meses. No para un país sometido a una criminal dictadura, servil a las potencias del Eje en tanto sus gentes mueren de hambre, enfermedad, cárcel, o directamente de bala; aunque sí para Lombardi. Tras concluir con éxito la investigación que lo rescató circunstancialmente del campo de trabajo de Cuelgamuros, su antiguo inspector jefe Balbino Ulloa se las había apañado, desde su privilegiada posición de se-

cretario del director general de seguridad, para mantenerlo en libertad provisional a la espera de que tomaran cuerpo los rumores que, cada vez con más fuerza, recorrían los pasillos de las plantas nobles del Régimen. La palabra mágica, ese nombre pronunciado en voz baja, se llamaba indulto. Hasta ese momento, si es que de verdad llegaba, y para evitar en lo posible que su antiguo pupilo incrementase las colas de menesterosos del Auxilio Social, Ulloa había facilitado su contratación por parte de la agencia Hermes, un tingladillo con aspiraciones detectivescas montado por un oscuro comisario jubilado llamado Ortega. El salario era irrisorio, y solo podía hacerse moderadamente digno a base de comisiones por casos resueltos; pero al menos era un medio de vida al que Lombardi consiguió sumar a Andrés Torralba, el exguardia de asalto que lo había ayudado en las pasadas Navidades a resolver la peliaguda investigación que se traía entre manos.

Avanzado febrero, llegó por fin la esperada noticia. El BOE publicó la llamada «Ley sobre reforma de la de Responsabilidades Políticas», que declaraba exentos de las citadas responsabilidades los casos todavía no juzgados a los que los tribunales militares hubieran impuesto penas inferiores a seis años y un día, y aquellos otros ya juzgados cuya pena no excediera de los doce. Carlos Lombardi, castigado con una docena de años de reclusión por su pertenencia a Izquierda Republicana y como funcionario del régimen legal durante el asedio a Madrid, entraba de chiripa en el paquete.

En ningún momento consideró el policía que aquella ley significara un gesto de generosidad por parte de la dictadura, como sostenía Ulloa, sino el reconocimiento público de su incapacidad para tramitar los cientos de miles de expedientes acumulados tras la guerra, y la imposibilidad física de mantener encerrados a tantos españoles. Al reflexionar sobre ello, no pudo evitar el recuerdo de Hans Lazar, el sórdido agregado de prensa de la embaja-

da alemana, y su opinión contraria al régimen carcelario impuesto por Franco: unos cuantos castigos ejemplares, y el resto a trabajar, había sentenciado el nazi durante una incómoda entrevista en la legación germana. Tal vez, se dijo Lombardi al conocer el anuncio del indulto, el influente Tercer Reich no era del todo ajeno a esta medida.

Al margen de otras muchas consideraciones, la noticia significaba un rayo de esperanza para él y para tantos otros privados de libertad, aunque la mayoría irían de cabeza a engrosar la nutrida lista de desempleados y la no menos amplia de excluidos sociales. Otra cosa muy distinta era cuándo habría de llegar la esperada fecha, porque la formalización de esos propósitos podía tardar meses, tal vez años.

La posición de Lombardi, a la espera de la anunciada gracia, se tambaleó un tanto en el mes de junio por un súbito cambio de gobierno. Franco, como de costumbre en función de sus intereses, movía piezas en el tablero del poder para equilibrar la posición de militares, falangistas, carlistas, católicos, monárquicos juanistas y oligarcas adictos. Con el cambio del ministro de la Gobernación cayó el director general de seguridad, y Balbino Ulloa perdió su influyente puesto. No obstante, y a la espera de nuevo destino, quién sabe si político o policíaco, su antiguo inspector jefe seguía provisionalmente asignado a las turbias labores de la Puerta del Sol.

Este cambio ministerial, paradójicamente, proporcionó a Carlos Lombardi un imprevisto valedor en la persona de Fernando Fagoaga Arruabarrena, el nuevo comisario jefe de la Brigada de Investigación Criminal. El tal Fagoaga, que ya superaba los sesenta, era un policía con amplísimo currículum y había ocupado cargos de cierta relevancia durante el reinado de Alfonso XIII, entre ellos comisario del distrito Centro de Madrid y comisario jefe de personal. Durante la República fue condecorado por el gobierno derechista con la cruz al mérito militar por su represión de

las revueltas de 1934, y en vísperas de la sublevación militar dirigía la comisaría del distrito madrileño de Hospicio. Investigado como sedicioso por su comportamiento en la fracasada revolución de octubre, se las debió de arreglar para salir de Madrid y unirse a las fuerzas fascistas, y ahora, al parecer, gozaba de la correspondiente confianza y recibía su bien ganado premio de manos de los vencedores.

Ninguna vinculación había tenido con ese hombre a lo largo de su carrera, salvo conocer de oídas el apellido de un alto cargo de los Cuerpos de Vigilancia y Seguridad. Tampoco Fagoaga lo conocía a él, pero el día de Reyes había presenciado los interrogatorios dirigidos por Lombardi en el caso de los asesinatos de seminaristas, y debió de quedar tan satisfecho de lo visto que le hizo llegar, a través de Ulloa, su deseo de reincorporarlo a la estructura policíaca del Nuevo Estado. Deseo imposible en aquel momento, tanto por la condena que pesaba sobre el implicado como por las serias reticencias de este respecto a la propuesta.

Con la noticia del futuro indulto, y muy especialmente tras su nombramiento al frente de la BIC en el mes de junio, Fagoaga había recuperado su interés por Lombardi y explicitado a la agencia Hermes su padrinazgo sobre el nuevo detective que habían incorporado a su nómina. A partir de ese momento, Ortega dejó de asignarle asuntos de tercera categoría para convertirlo casi en su hombre estrella. Fruto de ese ascenso, y siempre en compañía de Andrés Torralba, en los dos últimos meses había resuelto con éxito algunos casos relevantes; el más reciente, la investigación de una red de mataderos clandestinos que permitió su desmantelamiento.

La víspera, Ulloa le había llamado con un encargo especial sugerido por el propio Fagoaga. Lombardi olisqueó de inmediato la chamusquina que significaba ver a ambos personajes como cómplices del mismo plan. Con argu-

mentos peregrinos –al fin y al cabo, se trata de un fraile y tú te has diplomado en sotanas–, el exsecretario le encomendó buscar a un joven desaparecido en la provincia de Burgos. Él los había mandado a hacer puñetas, tanto a Ulloa como a sus fundamentos, aunque la ola de sensatez que suele acudir en su ayuda tras el primer asomo de resistencia contribuyó a templar los ánimos. El policía alegó que era trabajo para la Guardia Civil, pero su protesta permitió a su antiguo jefe añadir el vinagre que le faltaba a aquella ensalada, preguntándole si recordaba a Luciano Figar.

Cómo no acordarse de aquel redomado fascista, que en paz descansa, el inspector jefe que le había hecho la vida imposible, casi literalmente, durante las últimas Navidades. Él se limitó a asentir con un monosílabo disfrazado de gruñido, y Ulloa explicó que el padre de Figar, un tal don Cornelio, había pedido personalmente el auxilio de la BIC para resolver este caso. Fagoaga, teniendo en cuenta que se trataba del padre de un caído del Cuerpo, no pudo negarse; pero no quería implicar a sus hombres en el asunto para no invadir competencias, por el prurito de mantener las formas con la Benemérita. Parecía más adecuado un criminalista colaborador, y ese era precisamente el título que figuraba en el carné de Lombardi. No había más que discutir. Ortega ya estaba informado de todo y, naturalmente, de acuerdo; así que después de añadir alguna recomendación sobre el viaje, Ulloa le dijo que se pusiera en marcha de inmediato.

Un papelón, eso le ha caído encima, reflexiona ahora el policía: una desaparición en medio de la nada, o de lo que en los mapas se parece a la nada más o menos absoluta; y el panorama que se despliega ahora ante sus ojos corrobora los temores iniciales. En medio de una dorada nube de polvo, han dejado atrás dos o tres aldeas cuando el coche entra en el municipio de Campo de San Pedro, según señala el cartel enmarcado por un emblema falan-

gista que parece omnipresente hasta en los rincones más recónditos.

El chófer serpentea por las primeras callejuelas hasta una plazoleta atestada de carros, caballerías y hombres, que guardan fila ante lo que parecen ser funcionarios encargados de evaluar la carga que transportan. Por fin, el vehículo frena un poco más allá, delante de una tasca: bajo su toldo hay una sola mesa, en torno a la cual un pequeño grupo se explica y maneja documentos frente a un tipo sentado. Cuando este repara en el coche que acaba de detenerse, despide a los demás y aguarda sin moverse de la silla la llegada del policía.

Cornelio Figar tiene manos gruesas, callosas, tan cinceladas por el trabajo que raspan al contacto con las muy urbanas de Lombardi. Bajo una gastada boina, su rostro curtido de vientos y de sol, un tanto bermejo, se adorna con un minúsculo bigote y un mal afeitado. Sugiere algunos más de sesenta años, y solo en la estrechez de su frente puede hallarse algún parecido con su difunto hijo. Viste camisa falangista y, a pesar de llevarla arremangada por encima de los codos, en su brazo izquierdo se deja ver una gruesa cinta de luto, tan negra como las manchas de sudor que le adornan los sobacos. Tras el saludo, reposa sus manos sobre una barriga mediada e invita al policía a ocupar la silla vacía que sin duda ha dispuesto para él.

—Siéntese —dice—, y perdone que lo reciba aquí, pero hasta que levantemos silos en condiciones hay que vigilar de cerca el transporte de grano. Esto es el pan de los españoles, ¿sabe usted? Y con esta sequía, no podemos permitirnos despistes en la distribución.

—No tiene importancia. Ha sido un viaje muy agradable —miente Lombardi al tiempo que avienta un par de moscas empeñadas en posarse en su nariz.

—Me han dicho que usted sirvió a las órdenes de mi hijo.

Bajo su acoso más que a sus órdenes, piensa el policía, pero no ha llegado hasta allí para hablar de su vida ni para romper la imagen ideal que aquel hombre pueda tener de su miserable vástago.

–Más o menos –se escurre.

–¿Quiere echar un trago o lo prefiere en vaso?

Por su gesto, Lombardi deduce que lo invita a usar el porrón que hay sobre la mesa. Clarete peleón, sin duda.

–Se lo agradezco, pero si bebo con este calor igual ni me levanto de la silla. Prefiero que me cuente el motivo de su petición de ayuda y ponerme a trabajar cuanto antes. En Madrid me han dicho que es urgente y solo me han avanzado un par de detalles.

Figar se da un sonoro manotazo en el cogote y al instante sujeta entre sus dedos el cadáver aplastado de un tábano. Tras contemplar durante unos segundos el resultado de su cacería, lo arroja al suelo con una imprecación –que te jodan– antes de responder. Su mueca ha dejado a la vista un premolar de oro entre dos piezas ausentes, extravagante y lustroso alarde en su arruinada dentadura.

–Pues el motivo –se explica al fin– es que los guardias no saben por dónde se andan, y mi ahijado lleva ya cuatro días desaparecido.

El policía ofrece su cajetilla de Ideales como gesto de confianza.

–Gracias, no uso –rechaza el contertulio.

–¿Qué relación familiar tiene con él? –se interesa Lombardi tras la pausa para encender el pitillo.

–Soy su padrino, ya le digo, pero lo quiero como a un hijo. Y desde que mi Luciano murió, con mayor motivo. Todavía me quedan dos hijas, pero están bien casadas y hace mucho que volaron del nido.

–Tendría que hablar con la familia directa del muchacho.

–Esta noche se viene usted a cenar a casa y se los presento. Como comprenderá, están muy preocupados. Ro-

mán, su padre, y yo somos socios y amigos de toda la vida.

–Muy amable por su invitación. El chico es fraile, según me han dicho.

–Novicio todavía, en el monasterio de La Vid, a unos veinte kilómetros de Aranda por la carretera a Soria.

El policía saca una cuartilla doblada de su chaqueta para anotar detalles.

–¿Nombre de su ahijado?

–Jacinto Ayuso.

–¿Edad?

–Veinticinco.

–Un poco mayor para ser novicio, ¿no?

–Lleva tres años en La Vid. Le entró el capricho del hábito después de la Cruzada. Porque durante la guerra sirvió como el mejor falangista en el frente de Somosierra. – Se palmea el emblema del pecho con sonoros golpes–. Supongo que ya se lo tenía pensado desde antes, no lo sé. A Román también le pilló por sorpresa y no le hizo mucha gracia, no vaya usted a creer; pero allá cada cual con su vida mientras se ajuste a lo cabal.

–Usted, que lo conoce, puede que tenga alguna hipótesis sobre su desaparición. Quiero decir si podría haber abandonado el monasterio voluntariamente por algún motivo.

–Hace tiempo que lo veo muy poco, desde que se encerró allí. En vacaciones suele visitar durante unos días a la familia, pero no coincidimos mucho. Su padre nunca ha dicho que estuviera arrepentido de hacerse fraile. Y si lo estaba no había necesidad ninguna de desaparecer, porque con su familia tiene el futuro asegurado.

–La verdad es que no parece muy lógico –acepta el policía–. Como tampoco lo es el hecho de que alguien se evapore de repente de un sitio tan reservado como un monasterio.

—Es que no fue en el monasterio —puntualiza don Cornelio—. El sábado salió de mañana con la intención de coger el coche de línea hasta Aranda para pasar el día de la Virgen con la familia. Pero no subió.

—¿Está seguro?

—Eso dice la Guardia Civil. Hable con el brigada Manchón y le contará lo que han averiguado.

—Eso haré, señor Figar. Y no se ofenda, porque es pregunta obligada: ¿sabe si Jacinto tiene enemigos, alguien que pueda desearle mal?

—Pues mire, tal y como está España a pesar de la victoria, llena de puercos sin degollar, cualquiera sabe. —Mientras atiende el insustancial alegato que le llega del otro lado de la mesa, Lombardi observa que una de las patas de su silla descansa junto a un hormiguero, destino de una larga procesión que transporta granos perdidos desde la plaza. Está seguro de que si su interlocutor descubriera aquella ilegal apropiación del pan de los españoles pisotearía a los ladrones hasta fulminarlos, pero de inmediato devuelve su atención a las palabras de don Cornelio para confirmar que resultan decepcionantes—. Su padre y yo somos socios, y no nos va mal. La envidia te trae enemigos donde no lo esperas. Y en este caso, además de envidiosos, serían cobardes. Pero, dichas estas verdades, no podría darle un nombre concreto.

—Lo mejor es que vea cuanto antes a la Guardia Civil.

—Me parece bien. El coche que lo ha traído le acerca a Aranda cuando usted diga. Su alojamiento está pagado en un sitio limpio y decente. Y si necesita algún taxi para desplazarse por allí, el gasto corre de mi cuenta: usted le dice al taxista que me pase la carrera, y asunto resuelto.

Lombardi se despide. Antes de que haya abandonado la protección del sombrero, Figar le grita a sus espaldas:

—No se olvide de la cena. Le mando el coche a eso de las ocho y media.